

**Jorge Terán Morveli**

*Literaturas regionales. Narrativa huaracina reciente*

Lima: Pakarina ediciones, 2013; 76 pp.

Desde nuestra fundación como nación, el centralismo fue una de las principales causas de que nos construyéramos como un país socialmente vertical y excluyente, de allí que la violencia política y estructural sea una presencia constante en nuestra historia. Frente a esta situación, el siglo XX fue escenario de la consolidación de una corriente intelectual humanista que buscó reflexionar, críticamente, sobre la necesidad de vernos como una sociedad compleja y heterogénea a partir del reconocimiento de los Andes como nuestra columna vertebral identitaria, resultando imperativo la necesidad de una sincera reconciliación (tanto con los otros como con nosotros mismos) que, sin embargo, aún está lejos de producirse.

Hoy, el anterior centralismo andino ha dado paso a un progresivo reconocimiento de las regiones como los nuevos centros de formación de nuestra identidad, que se vislumbra compleja y conflictiva en cuanto articula una serie de fenómenos amplios, como el de la necesidad de conservar una tradición y, al mismo tiempo, dar paso a un proceso de modernización constante, abriendo nuevos caminos de reflexión en sus distintas manifestaciones culturales. Es en esto último donde podemos ubicar el trabajo expuesto en *Literaturas regionales. Narra-*

*tiva huaracina reciente* de Jorge Terán Morveli.

El libro constituye un análisis crítico de la producción literaria de Edgar Norabuena, Eber Zorrilla, Daniel Gonzales Rosales, Ludovico Cáceres y Rodolfo Sánchez Coello, en función del componente ideológico al interior de sus representaciones del mundo andino. Para esto, Terán parte de definirlos como narradores huaracinos contemporáneos, basándose en sus actividades literarias y académicas, más allá de su lugar de nacimiento; y teniendo en cuenta solo las publicaciones que se ubican dentro del periodo 2003-2013.

A partir de lo mencionado, los autores son clasificados en dos grupos partiendo de la forma en que sus relatos exponen y tratan de resolver los conflictos entre tradición y modernidad, considerando, además, las gradientes culturales por las que sus personajes comprenden el mundo andino, y que el autor define a partir de tres matrices: la occidental, la quechua y la mestiza; teniendo en cuenta que estas son matrices dinámicas, factibles de presentar matices, por lo que son tomadas como puntos de referencia a partir de los cuales se evalúa y da cuenta la realidad, pues, aunque se encuentre representada ficcionalmente, su heterogeneidad es

canalizada (consciente o inconscientemente) a través de la ideología del autor.

El primer grupo, definido como el de la narrativa de apego al mundo andino tradicional, aborda la producción de Edgar Norabuena y Eber Zorrilla. Ambos autores, responderían, pues, a lo que se ha definido como: 1) una focalización desde una perspectiva indígena-quechua o indígena-mestiza; 2) una marcada predilección por la representación de espacios rurales; y 3) una temática más o menos fija alrededor de “eventos de corte tradicional relacionados con relaciones amorosas, festividades y demás de los sectores en mención, y eventos relacionados con la violencia de la guerra interna” (p. 31). Esto, sin descuidar las particularidades que caracterizarían las propuestas de escritura de cada autor, así como las distintas representaciones de la violencia simbólica en lo mágico religioso, desarrollada dicotómicamente en la imposición de una nueva perspectiva en la narrativa de Norabuena, mientras que, básicamente sincrética, a partir de su desarrollo popular, en la de Zorrilla.

El segundo grupo, la narrativa de apego al mundo andino moderno, conformado por la producción de Daniel Gonzales Rosales, Ludovico Cáceres y Rodolfo Sánchez Coello, se definiría, en cambio, por: 1) una focalización mestiza-andina, valga decir, a partir de una adhesión a una con-

cepción híbrida; 2) cierta predilección por los espacios urbanos modernos, o ligados a él; y 3) una temática generalmente determinada por una visión individual que discurre entre lo andino y lo moderno, evidenciando cierto apego por lo segundo. Las particularidades de sus relatos se encontrarían en la exploración de lo cotidiano en el mundo moderno (Gonzales Rosales), el desarrollo de una prosa periodística distinta de la específicamente ficcional (Cáceres) y la propuesta de personajes con una crítica que “rara vez llega a la acción ( ) y se concentra más en la inconformidad introspectiva” (p. 64).

Ambos grupos, no obstante, son definidos a partir de su complementariedad y no de su oposición, ya que, tal y como se señala reiteradamente en el texto, la realidad y sus representaciones son heterogéneas por principio, por lo que ninguna podría entenderse o desarrollarse en ausencia total de la otra, siendo, más bien, que ambas se retroalimentan todo el tiempo, dando pie a nuevos matices y contrastes, continuando, ya sea a favor o en contra, el desarrollo de una tradición que tiene como referentes inmediatos a autores de las dimensiones de Carlos Eduardo Zavaleta, Óscar Colchado Lucio y Marcos Yauri Montero.

Por otro lado, en su brevedad, *Literaturas regionales* destaca, también, por haber desarrollado un riguroso rastreo de las publicaciones de los

autores analizados (más allá, incluso, de lo analizado específicamente), dejando un sendero un poco más llano a los futuros investigadores de la literatura regional ancashina, así como una hipótesis de trabajo que, ya sea para ser validada o refutada, abre un debate alrededor de las mismas.

Finalmente, cabe destacar el profundo compromiso ético que existe detrás de un trabajo que busca analizar a las literaturas no canónicas, atendiendo proyectos estéticos que,

aunque se encuentren aún en formación, constituyen, desde ya, una importante aproximación a la conciencia y espiritualidad social regional-nacional, erigiéndose como respuesta a la inercia académica que se niega a salir de los escritorios en búsqueda de aquello que debe ser valorado constantemente si es que lo que se desea es avanzar en el conocimiento y desarrollo de nuestra identidad como una nación menos excluyente y violenta (*Edwin Angulo*).